
Una investigación con los nahuas sobre la violencia en
la Sierra Norte de Puebla (México)¹

Pierre Beaucage

Département d'anthropologie, Université de Montréal, Québec, Canada

pierre.beaucage@umontreal.ca

Resumen

En los estudios actuales de los fenómenos de violencia, se suele distinguir la violencia directa (política o delincuente) presente en la conciencia de los actores sociales, y la violencia estructural (Galtung) y simbólica (Bourdieu), que sólo sería accesible a los investigadores. Sin embargo, cada sociedad, y cada período histórico, tiene su propio repertorio de la violencia y esta noción polisémica tiene fronteras muy variables. Dedicaré este texto a una reflexión sobre la interacción entre agentes externos (el investigador) y locales en el proceso mismo de investigación sobre la violencia entre los nahuas, tomando como base un estudio participativo de larga duración en la Sierra Norte de Puebla.

Palabras claves

México, nahuas, violencias, movimientos sociales e investigadores.

Résumé

L'étude contemporaine des phénomènes de violence distingue la violence directe (politique ou délinquante), présente dans la conscience des acteurs sociaux, et les violences structurelle (Galtung) et symbolique (Bourdieu) qui, elles, ne seraient accessibles qu'aux seuls chercheurs. Cependant, chaque société et chaque période historique possède son propre répertoire des violences et cette notion polysémique a des frontières mouvantes. Je consacrerai les pages qui suivent à une réflexion sur l'interaction entre des agents externes (dont le chercheur) et locaux dans le processus même de recherche sur la violence chez les Nahuas, en prenant pour base une étude participative de longue durée dans la Sierra Norte de Puebla.

Mots-clés

Mexique, Nahuas, violences, mouvements sociaux et chercheurs.

Abstract

Present-day studies of violence often distinguish between direct violence (either political or common), which should be present in the social actors minds, to structural (Galtung) or symbolic (Bourdieu) violence, which only the social scientist may apprehend. However, each society and each historical period has its own repertory of violence and this polysemic notion has moving frontiers. In this paper, I will focus on the interaction between external and local agents during the process of doing research on violence among the Nahua, on the basis of a long-term participative research in the Sierra Norte de Puebla.

Keywords

Mexico, Nahua, violences, social movements and researchers.



¹ Mis investigaciones antropológicas en México fueron financiadas esencialmente por el "Conseil de recherches en sciences humaines de Canada". Desde 2004, participo en un estudio sobre la violencia en América Latina, dentro del GRIPAL (Groupe de recherche sur les imaginaires politiques en Amérique latine), cuyo director es André Corten, de la Université du Québec à Montréal (UQAM).

Dedicaré esta presentación a una reflexión sobre la interacción entre agentes externos y locales en el proceso mismo de investigación sobre las violencias en medio indígena, tomando como base una experiencia de larga duración en la Sierra de Puebla.

INTRODUCCIÓN

La exploración del campo de las violencias: definiciones

Ante todo, importa aclarar lo que entiendo por “violencias”, tomadas en su sentido más amplio. No propondré una definición unívoca de la violencia, con valor de concepto, por dos motivos. En primer lugar, cada sociedad, y cada período histórico, tiene su propio “repertorio de las violencias”, y esta noción suele ser bastante polisémica y con fronteras muy variables. Por ejemplo, entre los nahuas de la Sierra Norte de Puebla,² que me interesan aquí, no encontramos un término general que equivalga a “violencia”, sino una variedad de expresiones como veremos. A la vez, ciertos comportamientos hacia la mujer y los hijos, que en la sociedad occidental moderna se clasificarían como violencia doméstica, allá forman más bien parte del ejercicio legítimo de la patria potestad.

En segundo lugar, en este mundo globalizado actual, en el que se ven arrastrados e intentan redefinirse los pueblos indígenas, se reconocen hoy en día, además de la violencia física o directa, otros campos de relaciones sociales definidos como violentos, y se habla de violencia estructural y simbólica. En los años 70, el noruego Johann Galtung definió la violencia estructural como la “extrema desigualdad, entre las naciones y dentro de ellas, en casi todos los aspectos de la vida humana, incluyendo el poder de decidir sobre sus condiciones de vida, y la resistencia al cambio de esta desigualdad” (Galtung 1980:

437). La violencia estructural cruza las instituciones económicas y políticas y abarca desde el poder caciquil local hasta el poder ejecutivo nacional, desde una burguesía regional de intermediarios hasta los mercados internacionales que determinan los precios del maíz y del café. La violencia estructural se caracteriza también por su opacidad, es decir por la dificultad de identificar claramente sus causas y sus responsables, criterio retomado por los estudiosos bolivianos Xavier Albó y Raúl Barrios (1993). También me refiero a la *violencia simbólica*, en la que Pierre Bourdieu propuso incluir todas las formas de “esta violencia que arrebató sumisiones, las cuales ni siquiera se perciben como tales, porque se apoyan sobre expectativas colectivas, creencias socialmente inculcadas” (Bourdieu 1994: 188). La definiré como: *la presión que se ejerce a través del discurso, y de símbolos no discursivos, para asegurar la hegemonía de un determinado conjunto de representaciones sobre el sentido común de una sociedad y consolidar determinadas relaciones de poder*. Comparte la misma opacidad que la violencia anterior.

Inicié mis investigaciones entre los nahuas y Totonacos de la Sierra Norte de Puebla en 1969, con un grupo de asistentes de investigación, estudiantes quebequenses y mexicanos. En una primera etapa, me interesé por la organización económica y social, poniendo especial énfasis en las variaciones locales en función del medio ambiente. Así explicitamos las variantes de la estructura social regional entre la Sierra Alta (alrededor de Zacapoaxtla) y la Sierra Baja (en las zonas de influencia de Cuetzalan, Jonotla y Huehuetla) (Beaucage 1974; Paré 1975). La segunda etapa empezó a finales de los setenta, cuando me dediqué a estudiar los movimientos sociales indígenas (Beaucage 1994), y, a partir de los años 80, me interesé a la construcción material y simbólica de la naturaleza por los nahuas, en colaboración con el Taller de Tradición Oral de San Miguel Tzinacapan (Beaucage y Taller de Tradición Oral 1988, 2003, 2009). A lo largo de esos años se planteó, teórica y prácticamente, la cuestión compleja de las relaciones entre el

² Los 300,000 nahuas de la Sierra Norte de Puebla forman parte de la gran familia nahua del México Central que cuenta alrededor de 1,300,000 miembros. La Sierra Norte de Puebla forma parte de la Sierra Madre Oriental, y se divide ecológicamente en la Sierra Alta, entre 1 500 y 2 000 metros de altura sobre el nivel del mar, y la Sierra Baja, entre 500 y 1,500 metros de altura.

investigador externo – especialmente, pero no únicamente, el antropólogo – y los grupos, comunidades y organizaciones locales. A fines de los setenta, los indígenas ya habían formado sus organizaciones y esperaban que el investigador contribuyera en alguna forma a su esfuerzo. A nivel tanto ético como práctico, me pareció indispensable buscar el punto de encuentro entre los criterios de la investigación antropológica y los intereses de los actores sociales locales. Con el Taller de Tradición Oral, opté por la “investigación participativa”.

En una tercera etapa, hace cuatro años, empecé a interesarme por el estudio de las violencias (Beaucage 2010). Esto representó y representa para mí nuevos retos en relación con las temáticas anteriores, especialmente en lo que toca a las relaciones con los agentes locales y los problemas éticos. Quiero esbozar aquí esta problemática, tal como evolucionó en esas tres etapas.

1. LA PRIMERA ETAPA (1969-1972): INVESTIGACIÓN E INTERACCIÓN CON LAS COMUNIDADES INDÍGENAS

Mis relaciones con los nahuas y Totonacos de la Sierra Norte de Puebla fueron marcadas, inicialmente, por el distanciamiento. A diferencia de los Garifunas de Honduras (donde yo había hecho mis investigaciones de campo anteriores), muy expansivos y a los que les encantaba relacionarse con extranjeros, los indígenas de la Sierra habían optado hace mucho tiempo por una estrategia de repliegue sobre sí frente a los fuereños. Las palabras indígenas utilizadas para designar a estos son muy expresivas: *koyomej* (“coyotes”), les dicen los nahuas, *lu’uan* (“serpientes”) los llaman los Totonacos. Sus experiencias anteriores, desde la Conquista hasta la Revolución, pasando por la invasión francesa de 1862, justificaban ampliamente esa actitud. Si bien toleraban nuestra presencia en las comunidades, una vez que habíamos presentado nuestras credenciales a las autoridades locales, y contestaban lacónicamente a nuestros cuestionarios socioeconómicos, con muy contadas personas mis asistentes y yo sentimos que se establecía una verdadera

confianza que permitía alcanzar niveles más profundos de la cultura.

Por otra parte, nuestro equipo de investigación había adoptado el materialismo histórico como cuadro de referencia para la interpretación de nuestros datos. Esta perspectiva “clasista” nos llevó a la conclusión que la crisis agrícola se traduciría por la descomposición del campesinado medio y su polarización entre una burguesía agrícola y una mayoría de proletarios rurales: in situ en la Sierra baja, cafetalera, y expulsados hacia las plantaciones y haciendas de Veracruz, en la Sierra Alta (Beaucage 1974).

No nos llamó bastante la atención el hecho que una de las comunidades escogidas en la Sierra Alta, Atzalan, llevaba luchando más de treinta años por la recuperación de sus tierras comunales que les habían sido arrebatadas por un gran propietario, “el cacique de Apulco”. También en la Sierra Alta se había formado, a principios de los setenta, un movimiento campesino radical, la Unión Campesina Independiente (UCI). Esta, después de protestar efectivamente contra la subida del impuesto predial, amplió su lucha hasta la redistribución de los latifundios que persistían en la región. Pero estas tendencias de fondo (que se generalizarían en el centro y el sur del país durante los años sesenta, no tenían cabida en nuestra hipótesis de “descomposición del campesinado”. Tanto por su lenguaje como por su desfase frente a la creciente realidad de las luchas campesinas, nuestros estudios de la época quedaron exteriores a los actores sociales de la época, si bien fueron incorporados al acervo del debate de entonces sobre el campo mexicano que oponía “campesinistas” y “descampesinistas”.

En resumen, las primeras investigaciones sobre la organización económica y social que realicé en la Sierra revelaron rápidamente la presencia de las formas de violencia estructural características de las regiones multiétnicas de México. En la Sierra Baja, tomaba la forma del monopolio comercial que ejercía la burguesía mestiza y criolla, asentada en las principales cabeceras municipales, tanto sobre la comercialización del café como sobre

el abasto de productos manufacturados, víveres y aguardiente. A nivel político, la fracción superior de esa burguesía controlaba el poder municipal y las relaciones institucionales con los niveles superiores del gobierno, estatal y federal. La violencia simbólica correspondía a las representaciones racistas dominantes que legitimaban el orden social por la inferioridad natural del Indio, y que se expresaban tanto en las relaciones cotidianas como en una versión sesgada de la historia local y un sinnúmero de dichos y expresiones. Sin embargo, este análisis de las violencias sistémicas, no teníamos con quien compartirlo en la región, por la ausencia de espacios democráticos. El único movimiento agrarista que se desarrolló en aquellos años en la Sierra Alta (la UCI) se volvió rápidamente clandestino y no podía ni quería dialogar con antropólogos para definir su visión de la situación (Ramos García y Magnon Basnier 1979).

2. LA SEGUNDA ETAPA (1979-1990): EL TRABAJO CON ORGANIZACIONES INDÍGENAS

A mi regreso en la Sierra en 1979, después de varios años de ausencia, noté que el cambio social real no correspondía a nuestras previsiones del principio de la década. En la Sierra Alta, la UCI alcanzó su cenit en 1979, con manifestaciones multitudinarias, pero la represión obligó a sus dirigentes a entrar en la clandestinidad y sus bases se desmovilizaron. Mientras tanto, la Sierra de Puebla era objeto de mucha intervención estatal. Frente a la crisis agrícola y a la movilización campesina, los gobiernos mexicanos de los setenta quisieron extender hacia el campesinado la llamada "revolución verde", intentando recuperar la autosuficiencia alimentaria del país y obtener divisas a través de las exportaciones agrícolas, a la vez que se llevaba la paz social a las zonas rurales de mayor inestabilidad política. Con este fin, el Instituto Mexicano del Café integró a los pequeños productores de todo el país, incluyendo la Sierra Baja, en una estructura vertical que fomentaba el monocultivo mediante la adopción de variedades de alto

rendimiento, abonos químicos y pesticidas. Paralelamente, sin embargo, la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH) encomendó a la escuela de Postgrado de Chapingo la gestión del Plan Zacapoaxtla, cuyos agentes locales jóvenes agrónomos progresistas, disponían de bastante margen de maniobra para mejorar la producción y la distribución de los productos del agro en las zonas alta y baja de la Sierra. Optaron por el fomento de cooperativas. A nivel local, por fin, una ONG mexicana (PRADE S.A.), formada por jóvenes cristianos comprometidos socialmente, intervenía en el pueblo de San Miguel Tzinacapan.

Así que a mi regreso a la Sierra, me encontré con un panorama social radicalmente transformado. Con el apoyo de los agrónomos del Plan y de los cristianos de PRADE, los campesinos de la Sierra Baja, lejos de proletarizarse, se estaban organizando para obtener mejores precios por sus cosechas (café, pimienta gorda, cítricos, mamey) y para abastecerse de maíz, azúcar y otros productos de consumo básico (Mora 1985). Además, estaban en marcha un sinnúmero de comités con sus proyectos de agua potable, caminos, escuelas, clínicas. Venciendo la oposición férrea de la burguesía comercial de Cuetzalan y de sus aliados a nivel del gobierno poblano, la joven organización regional logró hacer una alianza táctica con un gobierno federal decididamente intervencionista. Para facilitar estas relaciones la Unión de Pequeños Productores de la Sierra se transformó en Sociedad Cooperativa Agropecuaria Regional Tosepan Titataniske ("Juntos Venceremos"). El propio surgimiento de la organización regional, que agrupaba en 1984 ocho mil campesinos de cincuenta comunidades representaba para mí un enigma fascinante por aclarar. Me llamaba la atención sobre todo que, a diferencia de la lucha agraria ya mencionada, que se radicalizó progresivamente hasta plantearse la clandestinidad y la lucha armada, el movimiento campesino indígena de la Sierra Baja se había consolidado sin violencia social³.

³ Los únicos enfrentamientos armados opusieron, en la zona intermedia, a las autoridades municipales de

Si bien diez años antes no encontrábamos interlocutores locales con quienes compartir los resultados de nuestros análisis, esta vez, sobraban, pero eran de interés desigual. El verticalismo de INMECAFÉ hacía inútil cualquier intento de diálogo con sus representantes locales, que transmitían las órdenes recibidas de las oficinas capitalinas. Entonces, me acerqué primero a la directiva de la Tosepan Titataniske para proponerles un estudio de la historia de la organización, ¡propuesta que fue rechazada! Aceptaron una segunda propuesta, de estudiar las posibilidades de comercialización de cultivos alternativos al café. Mi informe satisfizo sus expectativas, al parecer, puesto que me pidieron otro estudio, mucho más delicado, sobre el desarrollo de una “conciencia cooperativa” entre los miembros. Estas dos investigaciones me permitieron desplazarme en toda la región que abarcaba la organización, participar en las reuniones de las cooperativas locales y tomar el pulso de los campesinos cooperativistas. Descubrí, entre otras cosas, que la cooperativa había creado el primer espacio social donde los campesinos indígenas podían discutir de sus problemas y expresar sus quejas y reivindicaciones.

En otras palabras había un espacio, abierto y democrático, para luchar contra la violencia estructural, que rebasaba el marco de la comunidad, cuadro tradicional de la vida civil y religiosa. A nivel regional, los campesinos tomaban conciencia de su capacidad de lograr unos cambios (más recursos, más servicios) y también, descubrían claramente a sus adversarios: la burguesía regional, apoyada en el aparato estatal poblano, que se negaba a ceder los privilegios de los que había gozado durante generaciones. El mero hecho de instalar la sede de la Cooperativa Regional en la misma cabecera, a dos pasos de las bodegas de los acaparadores de café y de la presidencia municipal (que la élite criolla se había apropiado hace más de un siglo) era en

Huitzilán de Serdán y los partidarios de la UCI, por una parte, con una organización espuria, Antorcha Campesina, que tenía nexos con el partido oficial, por otra parte. Hubo varios muertos y familias enteras abanaron el pueblo.

sí un gesto de protesta contra la violencia simbólica (y jurídica) que había expulsado a los indígenas de la cabecera a fines del siglo XIX.

Después de dos meses en la cabecera, fui a vivir en San Miguel Tzinacapan, pueblo nahua donde PRADÉ desempeñaba su labor de desarrollo comunitario (Sánchez Díaz de Rivera 1985). Dentro de los muchos proyectos que se llevaban a cabo, en los sectores de la educación, de la salud, de la economía local, se me pidió asesoría para el sector cultural. Más precisamente, para apoyar el rescate de cuentos y relatos llevado a cabo por el Taller de Tradición Oral. Mientras que la Cooperativa Regional me había pedido hacer estudios para ellos, aquí, desde el principio, se trató de realizar una investigación participativa en la que todos contribuíamos a la definición del objeto de estudio, de la metodología y de las técnicas de encuesta y a la discusión de los datos. Abordamos temas tan distintos como la etnohistoria, oral y documental, los conocimientos tradicionales de la flora y la fauna, lo que nos llevó a trazar un esbozo de su cosmovisión (Beaucage y Taller de Tradición Oral 2009). Yo me encargué de definir las grandes líneas del análisis antropológico de los datos, análisis que se volvía a discutir durante estancias ulteriores en la Sierra.

Durante mis vivencias prolongadas en esa comunidad nahua, y después de familiarizarme con el idioma, me pude dar cuenta de la dimensión simbólica profunda que tenían los cambios ocurridos en los últimos años. El hecho de poder escribir y publicar textos en nahuatl mostraba que ese era un idioma, no un dialecto como lo designaban antes con desprecio los hispanohablantes. Y la capacitación de la joven generación de indígenas que ya eran maestros, administrativos de la Tosepan, promotoras de salud, investigadores, locutores de la radio regional, evidenciaba que su destino como pueblo no estaba limitado a los trabajos más duros y menos remunerados. Pude notar como los cambios culturales no implicaban el abandono de la identidad étnica. Por el contrario, la pertenencia nahua, antaño

solapada cuando se salía de la comunidad, ahora se afirmaba en los espacios regional y nacional.

La lucha contra la violencia estructural que empezó en el sector económico y se amplió a lo simbólico, culminó en lo político, en 1986, cuando un indígena, “el candidato de las rancherías”, designado por la cooperativa regional con un programa de reformas importantes, ganó las elecciones municipales en Cuetzalan.

En lo que toca a las relaciones con el investigador extranjero, la organización campesina indígena regional, la Tosepan Titataniske, asesorada por jóvenes agrónomos progresistas quiso apoyar sus acciones para el mejoramiento socioeconómico sobre estudios concretos, como los que habíamos hecho a principios de la década y que ellos mismos ampliaban y ponían al día (Aguilar Ayón 1986). También los líderes indígenas que surgían compartían ese interés por hacer conocer a los demás cooperativistas las múltiples causas de la violencia estructural a la que estaban sometidos y de la que había que emanciparse. El diálogo era muy factible con el investigador que aceptaba compaginar sus propios intereses con las prioridades de la organización, sin abdicar nunca su compromiso con la verdad.

En cuanto a la organización cultural, el Taller de Tradición Oral de San Miguel Tzinacapan, mi labor de rescatar y revalorizar, con ellos, la cultura nahuatl me permitió descubrir también que a la violencia sistémica descrita antes responde hace tiempo una violencia desde abajo o resistencia, física y simbólica. Los relatos etnohistóricos recogidos por el Taller narran las luchas contra la invasión francesa (1862) y las de la Revolución (1910-1917). De un modo más sutil, los “cuentitos de animales” relatan como los humildes, a veces, logran vencer a los poderosos, utilizando su astucia (Beaucage 1994b). Y unos ancianos mencionaban como las luchas actuales eran las herederas directas de las “tres guerras” contra “los extranjeros” libradas, y ganadas, en el pasado.

Compartía con mis interlocutores indígenas y sus asesores la identificación y el análisis de las diversas formas que reviste la violencia estructural y simbólica. Sobre todo me fascinaba la manera en que se estaban elaborando en la Sierra baja unas respuestas colectivas, una especie de “violencia desde abajo”: no directa, sino también estructural, creando y consolidando una organización amplia y única como interlocutor frente al Estado (la Tosepan Titataniske), y simbólica, revalorizando las pautas culturales propias (el Taller).

3. LA TERCERA ETAPA: LAS OTRAS VIOLENCIAS Y SU INVESTIGACIÓN, UNA PROBLEMÁTICA NUEVA

A la larga, llegué a percibir otras violencias, internas al grupo y normalmente encubiertas, sobre todo en presencia de extranjeros. Unos homicidios, la creación de la Comisión de Derechos Humanos Takachiualis, en 1990, y la del Centro para la Mujer Maltratada Griselda Tirado, en 2002, sacaron a la luz otras violencias además de las estructurales y simbólicas y me incitaron a indagar más.

3.1 La violencia interindividual

Mi mayor conocimiento de la lengua me permitió circunscribir mejor el fenómeno. Hay muchas palabras nahuatl que se refieren a la *violencia física interindividual*: *-teuia* “pelear”, *-maga* “golpear”, *-uiteki*, “dar grandes golpes” (como con el machete), *-miktia* “matar”. Un hombre violento se dice *yolkat*, vieja palabra para “animal” y que se quedó solamente en sentido figurado para significar algo como “bestia”. Se asocia a un ejercicio ilegítimo de la fuerza (*chikaualis*), que tiene también una dimensión positiva: *yolchikauak* (“corazón fuerte”) quiere decir valiente y se estima mucho, sobre todo en los varones⁴. La violencia simbólica recibe mucha atención cultural también, puesto que se considera de

⁴ Por ejemplo, la tradición aconseja cerrar el puño de un niño varón sobre una avispa, “para que después, cuando pegue, duela. “También se recomienda no dar de comer patas de pollo a los niños varones “para que no les tiemblen las piernas frente a la autoridad.”

una naturaleza muy cercana a la anterior: mouispoloua “faltar al respeto”, *peaualtia*, “insultar”. La violación participa de las dos dimensiones, física y simbólica. “Violar” se dice *-auiltia*, (“burlarse de”): proviene de *auil*, que quiere decir “juego” y las palabras asociadas son moauilia “jugar” et *-auiloua* “desperdiciar”. La etimología indica que tal relación sexual se ve ante todo como en contradicción con la norma expresada por *kuali* “bueno”, y por el radical *yek-* (como en *yekchiua*, “hacer bien”). En efecto, las relaciones sexuales “buenas” exigen, por lo menos, el consentimiento mutuo, cuando no los ritos tradicionales de la petición de mano. *Auil*, “juego”, pertenece al “mal”, al “azar”.

La violencia delincuente es un tema de predilección en las conversaciones en la familia y entre amigos y me di cuenta que había varios relatos de robos, atracos y homicidios, pasados y recientes. Una familia descubre que su milpa ha sido en buena parte “cosechada” durante la noche. Una adolescente que vive en un rancho apartado dejó de ir a la secundaria porque “te atajan en el camino.” Se percibe que, en el campo, la violencia es aún limitada, mientras que en la ciudad, donde tienen que ir cada vez más, los indígenas estiman que esta aumenta sin cesar, desde los carteristas, que infestan los transportes públicos, hasta los propios compañeros de la obra que “desaparecen con tus herramientas de trabajo”.

Sin embargo, la violencia dentro de la familia se considera la más frecuente: varios recuerdan los golpes de un padre borracho y alguno, la “agresividad pasiva” de una madrastra que daba de comer a sus hijos pero no al hijastro. A una mujer que le vino a consultar por “un dolor de vientre”, la curandera contestó: “Este dolor viene del frío (sesek) de los golpes que te da tu marido, cuando regresa borracho.” A mi pregunta sobre la labor de la Comisión Takachiuallis, una mujer me contestó: “Es muy sencillo, compadre. Antes del amanecer, los hombres vienen a hablar con tu compadre de sus problemas de linderos. Y cuando se van al campo, las mujeres me vienen hablar de violencia familiar.” Dentro de esta violencia

interindividual, sobresale la violencia de género.

3.2 Crisis del café y violencias

A fines de los 80, el desplome de los precios internacionales y el desmantelamiento de INMECAFÉ (que coincidió con una helada devastadora en la Sierra) sumieron la economía campesina regional en una crisis profunda, y amenazaron la existencia de la propia organización regional. La adopción por los sucesivos gobiernos de políticas económicas neoliberales aumentó la violencia estructural. Como consecuencia, a la par de la emigración, la violencia común aumentó sensiblemente, en forma de atracos en las veredas y robos en las casas. En cuanto a las causas de esta delincuencia, la gente elaboró varias explicaciones. Algunos mencionan la “pobreza” es decir perciben – como el investigador - una relación con la violencia estructural. Sin embargo, la mayoría subraya más bien la “maldad” de la gente, la falta de severidad de los padres, el laxismo y la corrupción de las autoridades: “La gente que roba por necesidad [luego] roba por costumbre. Es que no les gusta trabajar, son huevones y callejeros” (Lorenzo). “El gobierno prohíbe ahora que una les llame la atención a los hijos. Por eso mucho joven se enseña la violencia en grupo” (Leonor). Sencillamente, una mayoría pedía – y sigue pidiendo - más represión a un aparato de Estado que las organizaciones consideraban como un adversario durante el período cumbre de la lucha de la cooperativa, entre 1975 y 1986.

La crisis pasó factura a nivel político también. Hemos mencionado antes como, en 1986, la Tosepan Titataniske, que aglutinaba al conjunto del movimiento indígena y popular, logró llevar a la victoria en las elecciones municipales de Cuetzalan al “candidato de las rancherías”. En las elecciones siguientes, sin embargo, se desmoronó la unidad y una facción contraria al candidato priista (apoyado esta vez por la Tosepan) ocupó el Palacio Municipal durante dos meses.

La división se manifestó en forma más aguda en torno a las relaciones de género. En los 80 se formó en la Tosepan una cooperativa de artesanas, para promover la venta de sus tejidos y bordados. Desconfiadas de la gestión común de sus fondos, decidieron funcionar a parte, lo que creó un serio antagonismo con el conjunto de los cooperativistas, en su gran mayoría hombres. Cuando las artesanas decidieron organizar un día de información sobre violencia de género, el 8 de marzo, en la plaza del mercado de Cuetzalan, se consumió la fractura. Argumentaban unos cooperativistas: “¡Sabemos que hay compañeros que tienen este problema cuando toman, pero hay que hablarles, no denunciar a los hombres, como lo están haciendo!”

Entre los factores que debilitan una respuesta común a las nuevas formas de violencia estructural y simbólica, está sin duda la penetración cada vez mayor de los medios de comunicación, en particular la televisión. Ésta, controlada por el Estado y los grandes medios privados nacionales, difunde hasta en las rancherías otra imagen de la vida buena: una donde la gente tiene la piel clara, buena ropa, coches y casas impresionantes. La tele impone también su propia dicotomía entre dos violencias: la legítima, la del Estado⁵, con su policía y su ejército, y la ilegítima: ayer la de los guerrilleros y ahora de los narcos y los perredistas radicales de López Obrador.. Frente a esta avalancha, la Tosepan, la radio regional indígena y varios proyectos locales, y las organizaciones independientes luchan para defender valores propios, pero saben que nadan a contracorriente.

Los pueblos actuales de la Sierra Norte de Puebla tienen muy poco que ver con las comunidades tradicionales que encontramos a principio de los setenta. Además del verdadero bombardeo de imágenes, discursos y símbolos ajenos que vierte diariamente la televisión, el mero proceso de apertura propiciado por las

organizaciones resquebrajó los modelos homogéneos de comportamiento. A parte de los cooperativistas se quedaron los “enemigos de la cooperativa”. Luego las diversas asociaciones de productores de café, de pimienta, etc. suscitaron, en torno a intereses nuevos, identidades nuevas. Así pasó con los partidos políticos nuevos (como el Partido de la Revolución Democrática) que ponen en jaque el monopolio del Partido Revolucionario Institucional. Estos factores de fragmentación / recomposición cuestionan la antigua pertenencia comunitaria, que se repliega al ámbito ritual de las fiestas patronales⁶.

CONCLUSIÓN

Desde los años setenta, siempre he compartido los resultados de mis trabajos con los agentes sociales locales, pero, en el caso de las violencias, por primera vez estoy dudando. De antemano sé que no va gustarles a varios, sobre todo la parte de testimonios. Creo que los líderes indígenas y cooperativistas, así como las ONGs educativas y de asesoría, compartirán mi análisis de la violencia estructural y simbólica, pero encontrarán que pinto una visión bien negra y que no subrayo suficientemente los resultados que están logrando, con enormes esfuerzos⁷. Peor, la propia burguesía regional, a la que no le importa una denuncia más de su papel económico y político, podría estar muy contenta de ver que contradigo cierta concepción idílica de la vida comunitaria indígena que se desprende de algunos estudios. Me vuelve a la mente la frase de un

⁵ Como se manifiesta en la “guerra a la droga” decretada por el actual presidente, que ha hecho unos quince mil muertos en tres años, incluyendo un número creciente de víctimas civiles inocentes, sin que se vislumbre aún la “victoria”.

⁶ Hasta la fecha, no se observa en la Sierra Baja la implantación masiva de nuevos cultos (Pentecostales, Testigos de Jehovah) que constituyen un factor nuevo de fragmentación / recomposición de identidades en otras regiones indígenas de México (Beaucage y Meintel 2004).

⁷ Por ejemplo, la Tosepan Titataniske, frente a las transformaciones recientes de la economía regional y a la pérdida relativa de importancia de la agricultura, ha puesto en marcha una red de cooperativas de ahorro y crédito que tiene mucho éxito. De la misma manera, después de haber diagnosticado los problemas relacionados con los cambios recientes en la alimentación, la Cooperativa Regional está poniendo en pie un sistema de atención primaria a la salud, que implica promotoras locales y las propias madres de familia.

activista local: "Uno nunca sabe para quién está trabajando." ¿Qué hacer para decir la verdad (porque de eso se trata en ciencias sociales ¿no?) sin debilitar la lucha de los que sigo apoyando? Se me ocurrió completar este análisis de las violencias con un estudio sobre las innovaciones democráticas efectuadas en la región (asociaciones de derechos humanos y de la mujer, tribunal indígena) en el último decenio y su impacto sobre las violencias.

REFERENCIAS

- AGUILAR AYÓN ÁLVARO. 1986. *La comercialización de la pimienta gorda a través de la Cooperativa Agropecuaria Regional Tosepan Titataniske en la Sierra Norte de Puebla*. Tesis profesional, Universidad Autónoma de Nayarit, Xalisco, Nayarit.
- ALBÓ XAVIER y RAÚL BARRIOS. 1993. *Violencias encubiertas en Bolivia*. La Paz: CIPCA/Aruwiyiri.
- BEAUCAGE PIERRE. 2010. Violencias nahuas, (manuscrito aceptado para su publicación en la revista *Traces*).
- BEAUCAGE PIERRE. 1994a. Los estudios de los movimientos sociales en la Sierra Norte de Puebla (1969-1989), *Revista Mexicana de Sociología* 56 (2): 33-55.
- BEAUCAGE PIERRE. 1994b. The coyote and the opossum: ethnic identity and ethnohistory in the Sierra Norte de Puebla (Mexico), in Amaryll Chanady (Ed.), *The concept of Latin American identity*: 149-186. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- BEAUCAGE PIERRE. 1974. Comunidades indígenas de la Sierra Norte de Puebla, *Revista Mexicana de Antropología* 36 (1): 111-146.
- BEAUCAGE PIERRE y DEIRDRE MEINTEL (Eds.). 2004. Les nouveaux enfants de Dieu : conversions récentes en Amérique latine, *Recherches amérindiennes au Québec* 34 (2).
- BEAUCAGE PIERRE y TALLER DE TRADICIÓN ORAL. 2009. *Corps, cosmos et environnement chez les Nahuas de la Sierra Norte de Puebla*. Montréal: Lux Éditeur.
- BEAUCAGE PIERRE y TALLER DE TRADICIÓN ORAL. 2003. Una mirada indígena sobre naturaleza y cultura. La mujer el oso y la serpiente en dos mitos nahuas, *Cuadernos del Sur* 9 (19): 59-74.
- BEAUCAGE PIERRE y TALLER DE TRADICIÓN ORAL. 1988. *Maseualxiujpajmej - plantas medicinales indígenas*. (Avec le Taller de Tradición Oral) Puebla, Mexique: DIF.
- BOURDIEU PIERRE. 1994. *Raisons pratiques sur la théorie de l'action*. Paris: Éditions de Minuit.
- GALTUNG JOHANN. 1980. *Peace and World Structure. Essays in Peace Research IV*. Copenhagen: Ejlers.
- MORA SERGIO. 1985. *La Cooperativa Agropecuaria Regional Tosepan Titataniske en el proceso de desarrollo rural en el caso de la región de Cuetzalan, Sierra Norte de Puebla, México*. Tesis de licenciatura, Universidad Autónoma Chapingo.
- PARÉ LUISA. 1975. Caciquismo y estructura de poder en la Sierra Norte de Puebla, in R. Bartra et al., *Caciquismo y poder político en el México rural*: 31-61. México: Ed. Siglo XXI.
- RAMOS GARCÍA H. y C. MAGNON BASNIER. 1979. *El movimiento campesino en la Sierra Norte de Puebla y Sierra Central de Veracruz*. Tesis profesional, Universidad Autónoma Chapingo.
- SÁNCHEZ DÍAZ DE RIVERA MARÍA EUGENIA. 1985. *Une communauté indienne mexicaine en développement synergique 1973-1983*. Thèse de doctorat (Sociologie). École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris.

